constantes de la moneda romana; otro renglón es el envenenamien-
to por plomo, mercurio y arsénico que hoy se investiga para deter-
minar el grado de concentración de plomo en huesos de sepulturas
romanas; la insalubridad derivada de mala planeación urbana y el
exceso de población, y otros problemas. En efecto, “si la tecnolo-
gía romana afectó a la población en general con venenos indus-
oriales debilitantes a través de sus acueductos, en sus dietas, en la
atmosfera, en los utensilios domésticos puede, en sí misma, ser
postulada como una causa que contribuyó a la caída del imperio”
(p. 208).
Ahora bien, en la actualidad nos hallamos sujetos a cambios
mayores y mucho más profundos que en toda la historia que nos
precedió, y debemos tomar como ejemplo a esos pueblos que no
resistieron el enfrentamiento y sucumbieron. El destino de ellos
podría ser el nuestro, sólo que esta vez a escala mundial. Finaliza
el autor de este libro: “La historia antigua es una advertencia
y un reto a nuestras actitudes, a nuestra capacidad para compren-
der, a nuestra competencia tecnológica y a nuestra voluntad para
tomar decisiones de largo alcance. El reto persistirá, y la respuesta
que daremos aún no está clara” (p. 236). No cabe duda de que
el panorama es sombrío, pero aún estamos a tiempo para reme-
diarlo. Dejemos que la antigüedad siga siendo fuente no sólo de
obras maestras o de lecciones morales, sino de actitudes prácticas
ante la vida. Y aprendamos no sólo de sus aciertos, sino también
de sus errores.

Mariateresa Galaz

Publio Virgilio Marón, Eneida, trad. Joaquín A. Pagaza,
transcr., pról. y nots. S. López Mena, 2 vols., 242 y 255

La memorable versión métrica de la Eneida que Joaquín Arca-
dio Pagaza realizó a principios de este siglo, acaba de ver la luz
pública a fines de 1986.
Esta obra maestra que Pagaza realizó durante sus años como
obispo de Jalapa, en su mayor parte estaba inédita. ¿Por qué per-
maneció ignorada durante más de setenta años esta joya del huma-
nismo mexicano?
Así sucedió todo: el pastor de la Arcadia romana y de la iglesia
veracruzana había dado a las prensas el primer tomo de sus Obras
completas de P. Virgilio M. vertidas al cast. por Clearco Meoni

322
(su nombre de árabe romano). La Imprenta Católica de Jalapa lo editó en 1913. Allí se incluyen las Elogias y Geórgicas completas y los tres primeros libros de la Enéida.

Don Octaviano Valdés, quien me ha obsequiado un ejemplar de la edición de 1913 que tengo a la vista, me ha referido que ya estaban en prensa todos los originales de la Enéida vertidos por el citado árabe, pero que el oleaje revolucionario arrasó con la Imprenta Católica y con cuanto contenía.

Se daba por perdido el segundo volumen virgiliano traducido por don Joaquín Arcadio. Pero hace algunos años un consanguíneo del eximio vate de Valle de Bravo, reveló a varios escritores que él poseía los manuscritos pagacianos que se habían creído perdidos.

Escribe Sergio López Mena en su prólogo de sólo cuatro páginas a la reciente edición de Pagaza, del cual lamentamos falte aquí una biografía: "Débese el rescate de esta traducción a Ignacio Pichardo Pagaza, quien me confió la transcripción de los manuscritos y alentó su publicación". Allí mismo consta que Pagaza fue el segundo mexicano que tradujo completo y en verso a Virgilio, "y digno antecesor, en la tradición clásica mexicana, de Rubén Bonifaz Nuño".

Por su parte, el mismo doctor Bonifaz ha anotado en su versión de las Geórgicas los nombres de sus dos predecesores virgilianos. El primero de ellos es Joseph Rafael Larrañaaga. Con ejemplar cordialidad, don Rubén califica ambas versiones —incluso la de Larrañaaga, vituperada por Menéndez y Pelayo— como "dignas de aprecio, y sus autores, por ellas, merecedores de admiración y gratitud" (Geórgicas, UNAM, 1963, p. XXXVI).

Ya tenemos en las manos la atractiva edición novísima de la Enéida completa vertida por Pagaza con flexible literalidad en ese verso endecasílabo sin rima que los ingleses llaman heroic verse por excelencia. Y comenzamos a leer:

Las armas canto y al varón que, huyendo
de las playas de Troya, a Italia vino
por hado, y a las plácidas riberas
de Lavinia.

Esos son los clásicos endecasílabos del Pagaza maduro. Ha dejado atrás las galas retóricas del siglo XIX que campeaban en sus versiones parafrásticas de las Geórgicas, e incluso de las Odas de Horacio. Acercándose más a su contemporáneo Rubén Darío que a su antepasado Espronceda, ahora don Arcadio mide su vuelo con el batir de las alas del Mantuano, y va reproduciendo sus ritmos casi en la misma medida en que lo hará medio siglo después (en

Cuando el lector disfruta esos majestuosos endecasílabos de don Joaquín Arcadio, se convence de que la dulcedumbre connatural a Virgilio ha quedado atrapada en las redes castellanas del poeta de Valle de Bravo, éste ha creado docenas de versos que quedarán como clásicas recreaciones del suntuoso decir virgiliano:

Un clamor a la par álzase inmenso
que de oro a los astros pulsa y hiere
(XI, 832 del original).

Así recrea Pagaza la blanda música ambiental de Virgilio:

Dijo; y mostrando la cerviz rosada
resplandeció... descíñese la veste
que baja hasta los pies; y por el paso
se manifiesta verdadera diosa
(I, 402...405 del original).

Y esta resonancia tiene las escenas terribles en la lira de don Arcadio:

A Laocoonte luego, que en su ayuda
armas trayendo viene, se encaminan
y liganle en espiras gigantes
(II, 216 s.).

Desde luego que no todo podía ser igualmente acertado en don Joaquín Arcadio. Para mi oído, la práctica menos feliz de Pagaza es la frecuencia de la sinéresis, la cual opaca el brillo de muchos de sus endecasílabos. El caso extremo, aunque insólito, es éste, que lleva hasta tres sinéresis:

Pronto las aéreas torres de los feacios
(III, 565 de la versión).

Pero en cambio, don Joaquín Arcadio alcanza el virtuosismo hasta en el uso de lo que T. Navarro T. llama 'sinalefa violenta'. Pagaza no sólo forma cientos de sinalefas de tres vocales, sino incluso algunas de cuatro:
¡Oh patria! ... ¡Oh Ilión, morada de los dioses
(II, 465, versión).

Por la patria, e insaciable tu codicia
(VI, 1481, versión).

A esos podríamos llamarlos tetrapontos. Pero don Arcadio pasa
más allá: ¡A UN PENTAPONTONGO!:

Con supremo dominio A AUSonia, manda
(X, 92, versión).

Al lado del virtuosismo métrico de Pagaza, debemos elogiar
 tambiénsu seguridad lexicológica.

El léxico de Pagaza incluye sistemáticamente en esta obra ciert
as voces cultivas que realizan el carácter épico del vasto poema. Así,
en vez de escribir 'temblar', siempre anota 'tremer', en todas sus
formas y con todos sus derivados, como 'tremulento' y 'tremulante'.
En vez de 'inmóvil', escribe 'immóble'. En vez de 'aposentos', escoge
'penetrales'. Y en vez de 'hinchado', siempre anota 'tumido'.

En bien dosificadas ocasiones, don Arcadio usa sólidos latínismos
del Diccionario Académico, como 'armigero', 'armipotente', 'in
consulto', 'ulular', 'latebroso', 'ríbneo', 'cornigero', 'lanífera', 'espú
meo', 'noctivago'. Don Marcelino juzgaba esas latinismos 'muy felices'.

Y, en ocasiones aún más esporádicas, Pagaza llega a crear sus
propios latinismos en español. Así, usa 'núbilica' (XI, 1229), 'in
fulada' (IV, 887), 'estigina' (XI, 332), 'armidonante' (III, 947).
Y el giro reiterado: 'invito tu numen' (X, 433 et passim). Eran los
vocables que Menéndez y Pelayo consideraba 'duros e insustitutos'.

Luego, ciertas voces de gusto mexicano saltan aquí y allá como
toques inesperados de color local: 'penachudo', 'amargoso', 'come
dora', 'chupadora', 'hollinientas' (II, 1465).

Señalamos, por último, el vigoroso uso peculiar de Pagaza, de
elidir prefijos en vocablos compuestos: (en) 'crucécido', (en) 'so
bebecerse', (en) 'negrecerse', (re)'blandecer', (a) 'tardecer'.

Y, al lado de tantas delicias, esta edición de la Ðeneida nos
trae muchos sinsabores. En efecto: más de un centenar de los ver
sos no son los que escribió Pagaza.

Y, al copiar los tres primeros libros de la edición de 1913, el
transcriptor Sergio López Mena ¡SE SALTO DOS PÁGINAS, a
partir de III, 838, eliminando así 79 versos de don Arcadio!

En su prólogo sumarísimo, L. Mena escribe: "En mi transcrip
ción he respetado las formas sintácticas que presentan los manus
critos, MODIFICANDO sólo algunos casos que podían propiciar
confusión en los lectores".
En quien tales modificaciones causaron confusión fue en el propio L. Mena, pues —además de desvirtuar los endecasílabos magistrales de Pagaza— no fue coherente en sus modificaciones. ¿Hasta dónde llegó la falta de respeto para con el autor editado, y hasta dónde son sólo descuidos en la revisión de pruebas de imprenta, los innumerables errores que hemos detectado en esta edición? Difícil es saberlo. Lo indudable es que al leer las pruebas de imprenta es donde se muestra el grado de seguridad métrica que tiene un escritor: no teniendo paciencia para cotejar palabra por palabra, con frecuencia se atiene a su oído... pero éste ha traicionado a López Mena.

Fue en esta etapa donde también tropezó Abreu Gómez al editar su selección de poesías de Sor Juana, lo cual le valió las memorables reprimendas de Alfonso Méndez Plancarte.

Pues bien. Cuando comencé a leer la edición que de Pagaza hace López Mena, me extrañó leer:

Mientras ella por los aires fuese a Paños
(I, 767 de la versión).

Mi extrañeza creció ante este otro verso:

A la reina esperando, y mientras admira
(I, 844, versión).

Aumentó mi incomodidad al leer:

El cadáver. Y entonces al ver Encas
(I, 908, versión).

Tres pruebas ya eran suficientes: éstos no son endecasílabos. Estos versos no son los del obispo Pagaza, poeta de oído infalible.

O bien podríamos optar por tolerarle a L. Mena la iniciativa de “aclarar” al clarísimo don Arcadio. Pero entonces, ¿por qué en el libro quinto ya olvidó el transcriptor que iba a retocar todos los ‘mientras’ y los ‘entonces’? Porque allí nos transcribe:

Con el aplauso entonces y gritería
(V, 274, versión).

Y luego continúa:

De los astros el curso mientras observa
(VI, 628, versión).

Otra fuente de confusiones

Una nueva aventura de estira y afloja nos depara L. Mena en los giros ‘debajo del’, ‘dentro del’ y ‘encima del’, los cuales pueden, naturalmente, ser abreviados en el lenguaje poético, a ‘debajo el’, ‘dentro el’ y ‘encima el’.

En II, 69, leemos una transcripción equivocada:

A que fuera llevado dentro del muro


Pero luego resulta que en II, 437 sí copia correcto:

Y debajo los pies de aquella diosa.

Igualmente, ‘dentro la’ es correcto en III, 838.

Para completar su inexactitud, López Mena inventa la licencia ‘dentro el’, en versos en que Pagaza no lo había usado. ¿Resultado? Nuevos versos mal medidos, ahora por carta de menos. Así copía erradamente L. Mena:

Alta de Jove, o dentro el boscaje

(III, 1200).

Dentro el corazón entristecido

(VIII, 946).

No hay escapatoria: quien tiene tan mal oído como Abreu Gómez, caminará siempre a ciegas sobre los endecasilabos. Y debe notarse que cuantas correcciones hago en esta reseña —salvo las de los tres primeros libros de la Enéida, ya editados— se basan en mi oído profesional, pues jamás he visto los manuscritos.

Las palabras equivocadas

Pasamos a enumerar sucintamente las palabras que sin duda copió o dejó imprimir equivocadas el joven investigador López Mena.
Por principio de cuentas, en nota a VII, 1270, es presentada con el nombre de ‘Prenesta’ y hasta como la inexistente en Italia, ‘Palestina’, la ciudad cuyos nombres reales no se mencionan allí, y son ‘Preneste’ y ‘Palestrina’.


Las letras equivocadas

X, 1628, en vez de ‘al’ debe ir ‘el’. En XI, 72 y sig., debe leerse ‘dardo’ y ‘hablaba’, y no ‘bardo’ y ‘hablada’.

La supresión y la adición de palabras


Si la supresión de voces manifestaba distracción, la adición manifesta excesivo entusiasmo en el transcriptor y en el cajista.


En XII, 1044, la modernización llega hasta preferir, en vez de ‘y a Latino’ (el guerrero), la expresión ‘a la Latino’. ¿Se referirá a la torre?

Las cartas de más y las cartas de menos

Nos referimos primero a las letras añadidas.


Y vienen ahora las letras de menos.


¿Pero a veces son hemistiquios o incisos enteros los que faltan?

En I, 270, después de ‘convene’ faltan las palabras: “Y doma /
los ánimos rebeldes". En II, 89, después de 'dones' debe incluirse: "¿O así Ulises /es aquí conocido?" Por último, en II, 1185, después de 'peñas' falta 'desgajadas / por otras peñas'.

Naturalmente, estos incisos sólo los puede localizar con auxilio de la edición de 1913. Y sólo puede abarcar los tres primeros libros allí publicados. Aunque los lugares equivocados también los señala nuestro oído profesional.

Terminemos nuestra extenuante enumeración con las palabras mal colocadas, que hacen perder el ritmo, cuando no hasta el contexto.

'El joven hijo de Migdón, a que Troya' (II, 674) debe terminar que a Troya'. Y el verso 'Eneas también, en aquellas obras' (VI, 346), mejora si lo iniciamos 'También Eneas'.

Hay dos versos que dan diez sílabas en VI, 1361 y 1367; cada uno de ellos parece haber intercambiado sus dos primeras palabras. Otros dos versos equivocados son el VIII, 458 y siguiente. Probablemente en VIII, 472 deben intercambiarse las palabras 'arrastado es'. En X, 1020 falta una palabra, quizá 'hoste'. El v. XI, 464 tiene, extrañamente, doce sílabas; en cambio, el XI, 504 salió de nueve; ambos están sin duda mal copiados. También tiene apenas diez sílabas el XI, 1584; en cambio el XII, 510 se pasó hasta doce.

¿En cuáles de ellos habrá incluso saltos de un verso a otro, y el transcriptor habrá suprimido palabras de Pagaza?

Y ya no hago interminable esta reseña anotando las numerosas veces que el nombre de la diosa Diana y el adjetivo 'confiado' deben llevar diéresis para que suenen respectivamente con tres y con cuatro sílabas. Ni anoto las varias ocasiones en que 'Priamo' debe ir sin acento, pues el verso sólo le adjudica dos sílabas. Y todavía hay muchas otras minucias que guardo cuidadosamente anotadas en mi ejemplar.

Espero que esta exhaustiva reseña de los errores que incluyó o dejó pasar el joven transcriptor, y que yo he descubierto sin los manuscritos a la vista, basado sólo en mi oído de versificador profesional, sean útiles para la preparación de una segunda edición de la obra maestra pagaciana.

Al menos, espero que mi reseña constituya una fe de erratas comentada, la cual ayude a descifrar el opávido brillo del libro póstumo que nos legó el gran intérprete de Virgilio y de Horacio.

Tarsicio Herrera Zapién

330